



Capítulo 174 - Cosa tonta

Vergil, tratando desesperadamente de escapar de Sapphire, fue interrumpido abruptamente cuando una mujer de cabello blanco apareció de la nada y, con una velocidad increíble, lo secuestró frente a todos.

Ahora se encontraban en un coliseo recién construido, completamente vacío, con solo dos figuras de pie en el centro. El coliseo se había construido recientemente en el mismo lugar donde Virgilio... había cortado la montaña.

—Morirás rápido si sigues así —dijo Felicia, con una voz tranquila y una autoridad abrumadora mientras arrojaba a Vergil al suelo como si fuera un saco de patatas. Estaba debilitado; el dolor de sus heridas lo dejaba inerte.

Ella lo había golpeado tan severamente que incluso con toda su fuerza, él no habría tenido ninguna oportunidad contra ella.

«Claro, no pensaba pegarle... pero sí que está abusando de su autoridad», pensó Vergil, luchando por recomponerse mientras la ira bullía en su interior. «Maldita sea... y lleva algo tan sexy». Gruñó para sus adentros, mientras sus ojos recorrían involuntariamente el atuendo de su madre.

El atuendo de Felicia era negro, adornado con detalles dorados y azules, que se ajustaba perfectamente a su cuerpo y realzaba cada curva de su silueta. Irradiaba una sensualidad innegable, pero al observarlo más de cerca, Vergil se dio cuenta de que no era solo un atuendo provocativo. Era, de hecho, una armadura de batalla, diseñada para la durabilidad y la funcionalidad, más que para la estética.

«Maldita sea, voy a tener que apartar la mirada...», pensó Vergil, visiblemente distraído. Luchaba por no mirar fijamente a Felicia; su voluptuosa figura era





simplemente injusta. «Esto es básicamente otro Zafiro, pero con una paleta de colores diferente... Es como si hubiera comprado un aspecto de croma para algún personaje legendario de MOBA, maldita sea».

Felicia notó el conflicto interno de Vergil y una leve sonrisa se dibujó en sus labios, con un brillo travieso en sus ojos. Su sonrisa se ensanchó aún más al ver a Vergil apartar la mirada, intentando claramente evitar mirarla como un hombre que lucha contra sus instintos.

—Seguro que ya te he enseñado a admirar a una mujer... así que mírame —dijo Felicia con voz suave, pero con una autoridad implícita que captó por completo su atención, incluso mientras luchaba contra la tentación de su presencia.

—Bueno, esto ya te ha ayudado a calmarte. Ahora, puedes mirarme todo lo que quieras. Ya te lo dije: soy toda tuya. Sacrifiqué tanto para que nacieras, y no lo volveré a hacer. —Continuó, con la voz ahora teñida de posesividad. Felicia no solo estaba desafiando a Vergil, sino que también le dejaba claro que, a pesar de sus dificultades, él le pertenecía, y ella a él, incondicionalmente.



"¿Qué quieres...?" murmuró Vergil, evitando su mirada mientras se levantaba, claramente tratando de mantener la compostura ante la abrumadora presencia de Felicia.

—Si te enfrentas a la persona que lastimó a Viviane, morirás —respondió Felicia con voz fría e implacable, sin rastro de remordimiento.

—En realidad, creo que es muy poco probable que esta persona sea el líder. Si fuera él, morirías el doble de rápido —añadió con una sutil sonrisa, como si la situación fuera una broma.



—¿Cómo que probablemente no son los líderes? —preguntó Vergil, con la voz llena de confusión e irritación mientras intentaba comprender su lógica.

—Los ataques malditos son para perdedores —respondió Felicia, encogiéndose de hombros como si fuera la explicación más obvia del mundo, claramente impaciente por la necesidad de dar más detalles.

—Espera, ¿qué? —preguntó Vergil, levantando una ceja, visiblemente perplejo.

—Ah, ¿no lo sabes? Las maldiciones son... cosa de perdedores —dijo Felicia, haciendo una mueca exagerada—. Como, izas! ¡Zas!, izas!, "¡Te maldigo con el poder de los espíritus que robé!". ¿Sabes? Cosas... patéticas. —Hizo un gesto exagerado de lanzar un hechizo, poniendo los ojos en blanco—. Tonterías de perdedores.

Vergil la miró, intentando contener la risa ante lo absurdo de lo que acababa de hacer, pero no pudo evitar sonreír involuntariamente. Felicia tenía una habilidad especial para hacer que incluso los momentos más tensos fueran... divertidos.

En fin, en serio, es el movimiento definitivo para perdedores. Como la máxima energía de perdedores. ¿Usar el poder de otra persona? ¡Un comportamiento de perdedores totales! —Se encogió de hombros, completamente imperturbable—. Ahora, volvamos a lo importante —sonrió con picardía—. Voy a entrenarte...

Vergil frunció el ceño; su expresión era una mezcla de sospecha y agotamiento.

"Mucho peor que Zafiro", murmuró, tratando de mantener una cara seria, pero la idea de ser entrenado por Felicia era, como mínimo... inquietante.





"Bueno, que comience el fin", declaró Felicia, con voz llena de autoridad y determinación mientras una densa energía demoníaca comenzaba a acumularse en sus manos. Lentamente, la energía tomó la forma de una enorme lanza negra, latiendo con pura negatividad, casi como si estuviera viva.

—No te inmites —ordenó, con la mirada fija en Vergil, retándolo. Su tono no dejaba lugar a réplicas.

Sin dudarlo, Felicia lanzó la lanza directamente al corazón de Vergil. El aire a su alrededor pareció ondularse bajo la presión del ataque, y el tiempo pareció ralentizarse. Vergil observó cómo sus instintos le gritaban que se moviera. Pero no podía. No lo haría.

Apretando los dientes, Vergil se mantuvo firme, inmóvil. Sabía que si esquivaba, no solo traicionaría la confianza de Felicia, sino que también perdería cualquier oportunidad de hacerse más fuerte. Contempló la lanza, sintiendo la amenaza aplastante acercarse, con el corazón latiendo con fuerza como si ya anticipara el impacto.



Y aún así, no se movió.

La lanza golpeó con una fuerza abrumadora, levantando una nube de polvo que los envolvió a ambos. El impacto resonó como un trueno por el coliseo vacío.

Por un momento todo quedó en silencio, salvo el leve sonido de las partículas de polvo al asentarse.

Cuando el polvo comenzó a despejarse, Felicia finalmente rompió el silencio con un tono tranquilo pero cortante:



Como pensaba... es imposible hacerte daño con energía demoníaca cuando ves el ataque. O mejor dicho, cuando sabes que viene.

La visión que se reveló al asentarse el polvo fue asombrosa. La lanza negra, que debería haber atravesado el pecho de Vergil, flotaba en el aire, a escasos centímetros de su corazón. Aún latía, como si luchara por avanzar, pero una fuerza invisible la contenía.

Felicia observó la escena con una leve sonrisa burlona. «Interesante», dijo, cruzándose de brazos. «Aunque no reacciones, tu cuerpo y tu alma responden instintivamente a la energía negativa... Eres un auténtico enigma, hijo mío», comentó sonriendo.

"La Aberración Perfecta que creé." Su sonrisa se ensanchó con un brillo posesivo en sus ojos, uno que Vergil solo había visto una vez. Los mismos ojos que Zafiro tenía cuando... se conocieron.

«Esto me va a causar problemas...», pensó.

